

## La consecuencia poco natural de los desastres naturales

20 DE ABRIL DE 2017 | ENFOQUES

[Desarrollo social](#)



©UNICEF/UN018158/Reinoso

Los desastres son eventos inciertos que causan muertes, lesiones y daños y alteran el orden cotidiano. Inmediatamente después de ocurrido un desastre parece que este afecta a todos por igual: puede ocurrir en cualquier lugar y atemoriza a todos quienes lo sufren. Sobrevivir al desastre inicial puede ser unificador: en los días posteriores al terremoto de 2010 en Chile, en el cual el 80% de la población se vio afectada y 10% sufrió lesiones, las personas desconocidas compartían relatos sobre lo que habían vivido, sus miedos, pérdidas y consuelos. Semanas después del terremoto en Haití, ese mismo año, un hombre que había perdido a sus tres hijos y a su esposa me dijo que a pesar de ello no estaba solo, pues todos a su alrededor habían experimentado tragedias parecidas. A

pesar de esta tendencia muy humana a vincularse después de una experiencia traumática compartida, la recuperación semanas, meses y años post-desastre revela inequidades preexistentes y suele exacerbarlas. Los niños, especialmente los niños pobres, se encuentran entre los más vulnerables a las consecuencias negativas de un desastre.

Los niños y las niñas se ven más expuestos a sufrir las consecuencias adversas de los desastres debido a que sus cuerpos y mentes están en desarrollo. El acceso limitado al agua potable y alimento suficiente luego de un desastre los vuelve vulnerables a enfermedades contagiosas y malnutrición, causas comunes de mortalidad infantil. Según la edad y la etapa del desarrollo en que se encuentre, un niño o niña tiene una capacidad psicológica limitada para entender lo ocurrido, lo que puede provocar angustia, depresión, síndrome de estrés postraumático y problemas conductuales. Los daños y destrucción de la infraestructura afectan las instalaciones sanitarias, las escuelas y las viviendas. Los niños se enferman más a menudo y tienen menos acceso a cuidados de salud; reciben menos estimulación, educación y socialización y, en algunos casos son desplazados. Los niños también dependen de la protección de los adultos en sus familias, su comunidad y el gobierno. El desplazamiento interrumpe las actividades parentales en pro de su subsistencia y fragmenta los sistemas de apoyo familiares y sociales, lo que deja a los niños expuestos a un riesgo mayor de abandono, abuso, explotación y tráfico<sup>[1]</sup>.

Weissbecker y otros describen las experiencias post-desastres de los niños como “una serie en cascada de estresores vitales, los que pueden durar meses o incluso años”<sup>[2]</sup>. Existe evidencia fundamentada con relación a que el estrés y la alteración prolongados en etapas cruciales del desarrollo pueden tener amplias consecuencias para la salud y el desempeño de las personas a lo largo del ciclo de vida<sup>[3]</sup>. Sin embargo, la investigación sobre este tema sugiere que la mayoría de los niños y las niñas que experimentan un desastre son resilientes y se recuperan sin problemas psicosociales o de salud a largo plazo<sup>[4]</sup>.

La consecuencia no natural de los desastres naturales es que la vulnerabilidad no está distribuida equitativamente. Los niños y las niñas sobrevivientes de desastres cuyas familias disponen de capital financiero o social suelen satisfacer antes sus necesidades básicas, reestablecer apegos seguros y rutinas estables de manera más rápida y serán considerados resilientes. Por su parte, es probable que los niños en situación más marginal sean quienes experimenten un desorden más prolongado, sean desplazados y sufran de estrés con secuelas a largo plazo. Si queremos proteger de manera equitativa los derechos de cada niño y niña y buscar intencionadamente los objetivos de desarrollo sustentable para disminuir la pobreza y el hambre y entregar salud y educación de calidad, debemos comprometernos con una reducción del riesgo de desastres que busque ex profeso prevenir y rectificar las desigualdades reveladas por estos.

<sup>[1]</sup> Romm, S.V., J.K. Romm y B.D.Nelson (2014), “Vulnerability of Children in Developing Countries and Disrupted Settings”, N.Gupta y otros (eds) MGHfC Handbook of Pediatric Global Health. New York: Springer Science + Business Media.

<sup>[2]</sup> Weissbecker, I. y otros (2008), “Psychological and Physiological Correlates of Stress in Children Exposed to Disaster: Current Research and Recommendations for Intervention”, Children, Youth and Environments 18(1).

<sup>[3]</sup> Shonkoff, J. P., W.T. Boyce y B.S. McEwen (2009), “Neuroscience, molecular biology, and the childhood roots of health disparities: building a new framework for health promotion and disease prevention”, JAMA 301(21).

<sup>[4]</sup> Goldmann, E. y S. Galea (2014), “Mental Health Consequences of Disasters”, Annual Review of Public Health, 35(1).



MaryCatherine Arbour MD, MPH

Médico Asociado División de Salud Global Equity Brigham and Women's Hospital, Investigador asociado en el Centro de Desarrollo Infantil de la Universidad de Harvard